

Presentación

El siglo XX no empezó el primero de enero de 1901, sino el 28 de junio de 1914 en la volcánica geografía del “avispero de Europa”: los Balcanes.

Ese día, los proyectos de la “Gran Serbia” —de los ultranacionalistas eslavos del sur— chocaron de frente contra los proyectos de la “Gran Croacia”, apoyada por los Habsburgo. Ese día, seis jóvenes terroristas de la secreta organización panserbia “Unión o Muerte” fueron enviados con el propósito de convertir una misión imposible en un proyecto de independencia nacional: el asesinato del archiduque Francisco Fernando. El heredero al trono austrohúngaro había decidido, con inigualable insensatez, visitar el centro mismo del separatismo serbio: Sarajevo. La metralla del joven estudiante Gavrilo Princip no sólo aniquiló la vida del príncipe austríaco, sino que cobró otros diez millones de víctimas más al desatarse la secuela de la confrontación armada: la Primera Guerra Mundial, aquella terrible Gran Guerra que, en palabras de Freud, “derribó, con ciega cólera, cuanto le salió al paso, como si después de ella no hubiera de existir futuro alguno ni paz entre los hombres”. La metralla de Gavrilo en Sarajevo se tradujo en el llanto del siglo naciente y en la agonía del XIX. En 1914 esta ciudad fue, pues, testigo de la muerte de la esperanza en el progreso y la alegría de vivir de la *“belle époque”*.

Desde el verano de 1992 —poco tiempo después de la caída del Muro de Berlín que simbolizó, aparentemente, el final de un siglo cuyo sino principal ha sido el de una larga serie de guerras— Sarajevo fue cercada por un muro hermético de terror y violencia, destruida por bombas y morteros y convertida en un espacio devastado en el cual se desplegó la ideología racial, siempre sangrienta, de la “limpieza étnica”. Sarajevo, ciudad de encuentros entre iglesias,

mezquitas y sinagogas, se transformó así en símbolo de un siglo que no supo, no pudo ni quiso reconocer al “otro” ni tampoco contrarrestar una barbarie desprovista de barreras morales. Después de 1989, se destruyeron en ella los sueños de convivencia plural del siglo y se abrieron los espacios de la confrontación, la intolerancia y el fanatismo.

Sarajevo simboliza las antinomias de la centuria: universalismo y particularismos, razón y violencia, ciencia y exterminio, apertura y exclusión.

Sarajevo condensa y rearticula las tensiones de la modernidad: la coexistencia de proyectos que pugnaron por fundamentarla de un modo diferente y contradictorio: desde la lucha inicial entre el proyecto de la ilustración —que encontró en la idea de la razón, el ciudadano y el Estado de derecho sus pilares fundamentales— y el historicismo romántico —que enfatizó la idea de la pasión, la existencia colectiva y el espíritu nacional—, hasta su redefinición y recomposiciones en el siglo xx.

Sarajevo representa, desde esta óptica, la tensión entre lo colectivo y lo singular, tanto en los márgenes de los imperios multinacionales de principio de siglo como hoy, a finales del mismo, en la renovada confrontación entre propuestas universalistas —no siempre claras en su potencial de inclusión— y particularismos que reivindican su identidad.

Las grandes transformaciones europeas de este fin de siglo dan testimonio del doble movimiento de apertura hacia nuevas formas de organización socioeconómicas y políticas más plurales y, simultáneamente, hacia una explosión de nacionalismos que traen a la memoria, tal como lo señalara Ernest Gellner, los modelos de nacionalismo producidos después de la Primera Guerra Mundial, tras la desintegración imperial multinacional, cuya fragilidad quedó demostrada, en última instancia, con la expansión del fascismo, del nazismo y del totalitarismo.

La disolución política, el colapso económico y la transformación en minorías de grandes grupos culturales previamente dominantes en el marco de nuevas unidades nacionales, no son sino algunos de los procesos que apuntan hacia el amplio potencial disruptivo de este fin de siglo. El separatismo étnico en zonas multiétnicas ha sido dramático y numerosos son los autores que nos recuerdan la in-

capacidad de organizar a la sociedad civil alrededor de ejes ajenos a la etnicidad.

De Sarajevo a Sarajevo es también el círculo imperfecto de un siglo en el que se conjugan, de igual forma, los binomios razón-violencia y ciencia-extermínio. En este sentido, Auschwitz también reclama ser símbolo. La singularidad del Holocausto se inserta en siglos precedentes de prejuicios y persecuciones que tejieron un *tempo* que partió del rechazo, la discriminación y el aislamiento y concluyó en la exclusión y el exterminio. Auschwitz constituyó, así, la demostración fehaciente de los límites que podían alcanzar las dificultades para asumir al "otro" en su legitimidad y testimonió hasta dónde podían llegar las vertientes más sombrías de la razón y la ciencia.

Hoy, en nuestro fin de siglo, nuevas formas de racismo conviven con los reclamos de "limpieza étnica". Éstas constituyen diferentes lógicas de un mismo fenómeno: ya no se trata de manera estricta de la naturalización de los "otros" por una supuesta inferioridad biológica, sino de un desplazamiento del concepto de "raza" hacia el de "cultura", haciendo correlativas las nociones de "pureza racial" e "identidad cultural". En este sentido, la desigualdad biológica es remplazada por la noción de diferencia étnico-cultural, transformando la estigmatización, el rechazo y la discriminación de los "biológicamente inferiores" en la imposibilidad de toda convivencia entre alteridades.

Consecuentemente, pensar el siglo XX reclama, junto al ejercicio intelectual, una proeza de la cordura. Pensar el siglo XX incomoda, perturba, deprime, abrumba. Sin embargo, reflexionar en torno a él, constituye un imperativo necesario, y hasta insoslayable, si es que deseamos evitar repetirlo. Pero, ¿es posible pensar que acaso la historia —como dicen los historiadores— no se repite jamás? Las postimerías de este, nuestro siglo, han desmentido con creces tal postulado.

Efectivamente, la historia no se repite como *factum* —pues cada hecho de la misma es único y singular— mas reincide como *phaenomenon*. Para evitar la condena de repetir eternamente la historia como fenómeno, es imprescindible no perder la actividad siempre vital del pensar, pues es ella, y no otra, la que puede develar la inconsciencia como proceso de la aventura humana y aprehenderla como conciencia de un más justo proyecto de vida.

De allí que pensar el siglo XX es pensar la humanidad histórica toda: la filosofía pagana, la teología medieval, el humanismo renacentista, el racionalismo y la ilustración, el romanticismo, el secularismo así como el idealismo y el materialismo.

¿Cuál es, entonces, el legado de nuestro complejo y dramático siglo XX? ¿Qué actitud asumir frente a la aparente —o real— negación de todo proyecto viable de coexistencia y resolución de los más ingentes problemas vitales de nuestras sociedades? ¿Cómo reconstruir los nexos entre historia y memoria, comprendiendo que una historia que no rindiese cuenta de las transformaciones de la memoria se empobrecería, y que una memoria que no respondiera a las necesidades del presente no lograría trascender en forma de legado? ¿Cuál de las dos vetas trascenderá el siglo: sinrazón y exterminio o democracia y pluralidad? ¿Cuál de los dos Sarajevos se proyectará al siglo XXI: el de la intolerancia y la locura o el de la convivencia pacífica y la tolerancia?

A la luz de estas interrogantes, la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM convocó a una serie de destacados académicos nacionales e internacionales para participar en el Coloquio “Pensar el siglo XX: de Sarajevo a Sarajevo (1917-1997)”, que tuvo lugar los días 14, 15 y 16 de abril de 1997. Entre los participantes, cabe mencionar a intelectuales de la talla de Jean Meyer, Marcos Kaplan, Fernando Pérez Correa, Rodolfo Stavenhagen, Andrew Arato, Raffaele di Giorgi, Saul Sosnovski, Ricardo Yocelovsky y Federico Reyes Heróles.

Dada la importancia del tema y los aportes que en diversos ámbitos y desde diferentes ópticas alcanzaron las ponencias de nuestros invitados, hemos dedicado la sección “Cuestiones Contemporáneas” de este número de la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* a recoger, de manera ampliada, los textos presentados en dicho Coloquio. En esta misma línea, la sección “Documentos” incluye una serie de testimonios inéditos sobre la vida en los campos de refugiados de la ex Yugoslavia, mismos que dan cuenta de los alcances brutales que acarrearán, en nuestros días, el exterminio de poblaciones enteras en aras de uno de los grandes azotes de nuestro siglo: la “limpieza étnica”. En la sección “Reseñas” se analizan de manera crítica dos de los principales libros publicados sobre lo acontecido en Sarajevo durante la década de los noventa, y, finalmente,

la sección “Perspectivas Teóricas” incluye un artículo inédito de Andrew Arato, uno de los participantes extranjeros invitados a este memorable evento.

El filósofo alemán Martín Buber señalaba que la problemática del hombre se replantea cada vez que se rompe radicalmente el acto primero entre él y otro hombre, entre él y el mundo. Hoy, la mecha del odio entre los hombres es larga, y la “limpieza étnica” sigue siendo una tentación. Pero hoy, al igual que a inicios del siglo XX, la posibilidad de un mundo universalista, abierto y tolerante pasa, nuevamente, por Sarajevo.

“Pensar el siglo XX: de Sarajevo a Sarajevo (1917-1997)” es una contribución a este espíritu de universalismo, apertura y tolerancia. Contribución que ha sido, sin duda alguna, respaldada por la férrea honestidad intelectual que permite siempre discernir y dialogar.

*Judit Bokser
Gilda Waldman
Felipe Pozo*